

REVISTA GALAICA.

Año II.

Ferrol 15 de mayo de 1875.

Núm.º 9.

MONOGRAFÍAS GALAICAS.

Emblema nacional de nuestros celtas; y etimología del nombre Galicia.

I.

El Sr. Vereá y Aguiar, á quien debemos varias y curiosas *investigaciones* sobre los orígenes y estado de los pueblos septentrionales y occidentales de España ántes de su conquista por los romanos, que forman la primera y única parte que ha publicado de la *Historia de Galicia* (1), conjetura que el jabalí era el emblema nacional de nuestros celtas, fundándose en que siendo este país enteramente céltico, tenemos figurado en varios parages aquel animal que, segun Mr. Vaillant, llevaban en sus insignias los españoles, de los cuales lo tomaron los romanos y lo ponian en sus denarii.

En primer lugar, el hecho de que los romanos hayan tomado de los *españoles* el uso del jabalí como emblema, segun afirma el escritor francés citado, no prueba que haya sido precisamente de los gallegos, pues bajo el nombre de españoles se comprenden, no sólo los naturales de nuestras cuatro provincias, sinó los de todas las demás regiones de la península, de donde pudo haberse extendido aquella costumbre á nuestro territorio, despues de la conquista romana, toda vez que las esculturas á que se refiere el Sr. Vereá y Aguiar son posteriores á la época en que Galicia se incorporó definitivamente al Imperio.

Y aún en el caso de que fuera nuestra patria la única region de España donde los romanos encontraron adoptado aquel simbolo, no vemos razon plausible para atribuirlo á los celtas, puesto que, entre estos y la llegada de los hijos del Tiber á nuestras montañas, se formaron en Galicia colonias de diferentes pueblos, á alguna de las cuales se podría atribuir con mayor fundamento que á los celtas el uso del jabalí como emblema de su nacionalidad.

Sin ir más lejos, el mismo Sr. Vereá,

de acuerdo con Mr. Vaillant, dice que nuestros antiguos progenitores se servian del jabalí en honor de Hércules, y habiendo sido los fenicios los primeros que establecieron en España el culto de esta divinidad, es muy probable que ellos, ó sus sucesores los griegos, fueran tambien los que introdujeron en Galicia el uso del jabalí como emblema que despues adoptaron los romanos, lo mismo que otras muchas costumbres é instituciones de los pueblos subyugados.

Cita tambien el Sr. Vereá varias medallas halladas en Francia, en las cuales está representado el cerdo, que los autores de las Memorias de Trevoux consideran como el simbolo de la mayor parte de los pueblos galos, pero esta circunstancia no prueba nada en contra de nuestro aserto, pues las indicadas medallas pertenecen, sin la menor duda, á la época galo-romana, como lo indican la representación de Mercurio en algunas de ellas y el nombre de Dobnoris ó Domnorix que los autores citados creen el de uno de los gefes celtas contemporáneos de César, que no puede ser otro que uno de los miembros del célebre triunvirato organizado el año 59 ántes de nuestra era con objeto de invadir y dominar la Galia.

En nuestro concepto, la divisa primitiva de nuestros ab-orígenes era el *gallo*, en latin *gallus*; de donde se formó la voz Galicia, lo mismo que el nombre de *galli*, dado por los romanos á los celtas franceses (1), cuya etimología, reconocida por la Academia céltica de Francia, deja al abrigo de toda controversia el punto que discutimos, así como el origen del nombre de *Gallia*, *Gallæcia* ó *Gallaicia*, como denominan á esta region de la península los escritores latinos.

Para que los hijos del Lácio dieran á nuestra patria y á nuestros celtas el mismo nombre que habian dado á la Francia y á sus naturales, era preciso, sin duda alguna, que existiera entre ellos algun rasgo de identidad, perceptible á primera vista, para que pudiera grabarse en la imaginación de los invasores, ántes de que llegá-

(1) Ferrol. Imprenta de D. Nicasio Taxonera. Año de 1838.

(1) *Il qui lingua sua Celtæ, nostra Galli appellantur.* Bell. Gall., I, 1.

ran á conocer las diferencias que no podían ménos de existir entre los habitantes de ambas regiones, por efecto de la distancia que las separa y de la distinta influencia que debieron ejercer en cada una de ellas las diferentes razas que las dominaron sucesivamente.

Era precisa una señal, un rasgo, una circunstancia cualquiera que les saliera al paso, por decirlo así, en el momento de entrar en Galicia, y que les causara al mismo tiempo una impresion bastante profunda para que no les pasara desapercibida en medio de sus sueños de gloria, alimentados por la perspectiva de una nueva conquista digna de la grandeza del nombre romano.

La divisa guerrera de nuestros celtas se hallaba en este caso, no sólo por que ha debido ser el primer objeto que se ofreció á su vista al pisar el territorio gallego, antes de que pudieran serles conocidos los hábitos, religion é idioma de sus habitantes, sino porque el *gallus* céltico no podía ménos de impresionar hondamente á las legiones con el recuerdo de Brenn y del heroísmo salvaje desplegado en los célebres *tumultus* por los pueblos de la Galia.

No es, pues, aventurado afirmar que el nombre de *galli* tiene en Galicia el mismo origen que en Francia, y que, por consiguiente, el emblema nacional de nuestros padres no era el jabalí, como supone el Sr. Vereá y Aguiar en su obra por otra parte apreciable y digna de figurar entre las más notables de nuestros escritores.

II.

Una vez demostrado que el gallo era la divisa de nuestros celtas, como lo era de los franceses, lo está también, según hemos dicho, la etimología del nombre Galicia, acerca del cual se han emitido las opiniones más extrañas y contradictorias.

Pretenden algunos que la voz *Callegia* se deriva de *gala*, que en griego significa blanca (S Isidoro): otros, como el arzobispo D. Rodrigo, opinan que procede de los galatas á quienes Hércules concedió el dominio de esta parte de España: otros la creen derivada del hebreo *Gala* (Huerta): otros del *Caliz* que venera y tiene por armas (Seguin); y otros, por último, de *Gale*, (Celario), nombre de una antigua fortaleza situada sobre la margen izquierda del Due-

ro, en el país de los *bracarios*, cuya denominacion recuerdan los escritores romanos, y de la que se formó *Portus Cale*, cambiado despues en *Portucale*, y últimamente en *Portugal*, según la etimología más válida y autorizada (1).

Entre tan diversos pareceres, y otros muchos que omitimos, ninguno encontramos tan aceptable como el que hace derivar la voz Galicia de *galli*, según lo indicaron ántes que nosotros algunos notables escritores, los cuales, sin embargo, no resolvieron el problema más que á medias, pues dejaron subsistente la duda respecto al origen del nombre de *gallos*, que las consideraciones que acabamos de exponer explican satisfactoriamente.

LEANDRO SARALEGUÍ Y MEDINA.

Galicia Céltica, 1868.

Á VILLAGARCIA.

¡Cuán encantadora asomas
de Arosa en las frescas márgenes!
tus casas, blancas palomas
parecen en campo azul!
Te dá el cielo sus auroras
de nácar, carmin y ópalo,
y el mar las ondas sonoras
que rizan su inmenso tul.

(1) El nombre de *Portus cale*, cambiado despues en el de *Portucale*, se dió primitivamente á un lugar situado al Sur del Duero, sobre la margen izquierda de este rio, en el sitio donde sobre poco más ó ménos se halla hoy la villa de Gaya. Ese lugar que servía de fondeadero á las barcas y algunos buques pequeños, estaría dominado por el antiguo castillo de *Cale*, edificio cuyo nombre recuerdan los autores romanos, y de ahí habrá tomado origen el nombre de *Portus Cale*. Era natural que sobre la rivera opuesta del rio, al norte, viniera á establecerse poco á poco, como ordinariamente sucede en semejantes circunstancias, otra villa de la misma extension, tanto para comodidad de la poblacion que existía sobre la otra orilla, como para facilidad de las transacciones comerciales y marítimas con el interior de las provincias que el rio separaba ó recorría. Despues, como sucediera con el curso de los años que la nueva villa se estendiese y prosperase más que la otra, tomó y conservó casi exclusivamente la denominacion de *Portus Cale*, designándose en los antiguos documentos tan pronto bajo el de *Castrum Portucale* ó el de *Locus Portucale*. Ese mismo pueblo creció sucesivamente en poblacion, y acabó por poseer una iglesia catedral con un obispo... M. Balbí afirma que esta denominacion no se empleó para designar todo el país, ántes de 1096.

NOTA extractada del libro sobre Portugal, de Mr. Ferdinand Denis.

Te dá tu vega lozana
mil florestas aromáticas,
te dá frutos de oro y grana
que el aura mece tambien;
te dá las más bellas flores
de corolas fragantísimas,
y aves de vivos colores
que descienden del Eden.

¡Quién la vida recibiera
en tu atmósfera purísima
y nada más conociera
Villagarcía, que á tí!
¡No lo quiso así mi suerte!
pues peregrino tristísimo
hasta el campo de la muerte
me arrastra incesante á mí!

Todo te dá sus primores,
cielo, mar, campo y atmósfera;
todo sonríe de amores
¡ó pueblo! en tu derredor!
y así como te da el cielo,
el mar y la vega magica,
yo tambien doy á tu suelo
esta balada de amor!

BENITO VICETTO.

A bordo del vapor Cádiz, 1859.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

VAL DONCEL.

I.

A poca distancia de Betanzos existe un amenísimo valle, cuyo nombre es Val-doncel.

Ninguno de nuestros lectores que haya pasado cerca de aquel sitio dejaría indudablemente de visitarlo, á ménos que no fuese un hombre ageno á las dulces afecciones. Si esto no sucediese, se extasiaría bajo sus frondosas arboledas y vería correr con cierto placer interior las numerosas y limpias corrientes de agua que cruzan aquí y allá, y van á unirse con la ría.

Yo lo he visitado á la caída de una hermosa tarde de verano: yo aspiré las puras y saludables emanaciones de la montaña traídas en alas de una brisa pura y embalsamada, como se percibe tan sólo en las montañas de Galicia.

Allí tuvo lugar una hazaña que cubrió de gloria á sus hijos y se trasmitió á la posteridad por medio de la historia.

II.

Eran las seis de una mañana del mes de mayo del año de 795, y ocho galeones moros, profusamente adornados de flámulas y gallardetes, acababan de fondear en la ría de Betanzos cerca del sitio que áun hoy se llama *de las Galeras*.

A su vista, los habitantes del país abandonaban apresuradamente sus hogares, corriendo con sus hijas á esconderse en las quebraduras de las montañas y en las profundas cuevas tan abundantes en Galicia. Mas era en vano la huida, pues los sectarios de Mahoma, con perros atraillados ya enseñados de ante-

mano, les daban muy pronto caza, y el ominoso, y con justicia odiado tributo de Mauregato, era satisfecho á pesar de cuantos esfuerzos y estrategias se hacían para evitarlo.

Sabido es que solo Galicia y Asturias eran las que suministraban las cien doncellas destinadas á satisfacer las exigentes y brutales pasiones de los cortesanos de Abderraman. A cada uno de los pueblos de estas dos provincias les estaba designado el número que habían de entregar cada año, y éste era segun la importancia y población que tenía.

A Betanzos, que en aquellos remotos tiempos era una ciudad casi populosa, le correspondía contribuir al tributo con seis doncellas nobles y seis plebeyas.

Entonces, cuando tan arraigados estaban en el pecho de los gallegos los sentimientos pundonorosos y caballerescos; entonces, cuando todo, al ménos en la apariencia, se posponía á la voz del honor, mal podía sobrellevarse tan ignominiosa carga; así que eran inauílitas, casi fabulosas las hazañas que por librar á las doncellas se hacían áun despues que estas se hallaban en poder de los recolectores de tan hermosos frutos.

La mañana á que nos referimos, se veían reunidos frente á la iglesia de Santiago de Betanzos, multitud de nobles y gente del pueblo conferenciando acaloradamente sobre la llegada de los galeones moros que habían dado fondo en la ría; y los emisarios moros que de Asturias y de las demás partes de Galicia se iban reuniendo en la torre del Val-doncel, destinada á albergar las doncellas, servía de mayor incremento á los comentarios.

Señor de Lanzós, decía uno de los nobles, malas noticias son para vos las que corren; teneis una hermosa hija que guardar, y si es vista por esos perros infieles, no dejarán de condicionarla para agregar á su coleccion.

—Callad por Dios, señor de Osorio, y no aumenteis la pesadumbre que me oprime el corazón, con vuestras palabras, respondió el de Lanzós. Demasiado presente tengo la desgracia que nos amenaza, sin que necesite recuerdos.

—Mal año, exclamó un noble de atléticas formas y cejijunto ceño, mal año para el rey infame y envilecido á quien debemos tan ominosa carga y maldito sea el pueblo cobarde que no lo estorba y así permite que le arranquen sus hijas. Yo, continuó cada vez más exaltado, si me veo en la precision de entregar á mi hermana Eldona, á pesar del gran cariño que la tengo, ántes que verla en manos de nuestros opresores, la sepultaré esto en el pecho.

—¿Qué ocurre, que os encuentro á todos reunidos en la plaza? dijo un serio y encopetado caballero que, armado de punta en blanco, se acercó al corrillo.

—¿Qué! no sabeis lo que pasa, señor conde de Andrade?

—No, á fé.

—Acaban de llegar ocho barcas morunas en busca de las doncellas.

—Hombre, hombre, pues eso es cosa que en mi concepto no debía extrañar á nadie, pues no es la vez primera que sucede.

III.

Aquí llegaban en su conversacion, cuando un murmullo sordo, á duras penas contenido, que salía de la masa del pueblo, les dió á conocer que alguna nueva ocurría.

Así era. Al poco tiempo desembarcaron en la plaza multitud de moros lujosamente ataviados.

A su paso tenían que sufrir por do quiera las inyectivas, denuestos y hasta arremetidas del popula-

cho, que no podía mirarlos impasiblemente, y procuraba por cuantos medios había, molestarlos y privarles llevasen á cabo su objeto, que era recoger las doce desventuradas jóvenes que, como llevamos dicho, correspondían á la ciudad.

Mas pésie á sus deseos, á la mañana siguiente contemplaron, aunque con furor, la marcha de las doce doncellas para ser unidas á las que se hallaban en la torre de Val-doncel.

Doce hermosas jóvenes montadas en poderosas mulas, lujosamente enjaezadas, y escoltadas por los moros, caminaban llorando lastimosamente á vista de sus padres y hermanos, cuyos torvos semblantes manifestaban bien á las claras los horribles tormentos que los martirizaban, y el trabajo que les costaba el perderlas de vista. Así que, muy á disgusto de los moros, no las abandonaban hasta que estaban embarcadas y veían que ningun remedio humano les quedaba.

Al llegar al valle les esperaba un espectáculo dolorosísimo; un anciano plebeyo, cuya hija estaba en poder de los moros, tan pronto se apeó de la mula para entrar en la torre, se llegó á ella apresuradamente, y despues de haberla abrazado con gran ternura, exclamó sepultándole en el pecho una daga: *Antes muerta que deshonrada.* Y en seguida, al mirar á la que tanto queria bañada en sangre y agitándose entre las convulsiones de la agonía, cayó tambien al suelo exhalando el último suspiro.

Aquí no tuvo limite la indignacion general, y los naturales del pais, capitaneados por cinco nobles que eran hermanos, y uno de los cuales contaba á su querida en el número de las cien doncellas, arremetieron denodadamente á los ismaelitas.

Trabóse una reñida contienda, y bien pronto la sangre de ambos bandos tiñó el campo. Allí el odio, por tanto tiempo contenido á duras penas, se desbordó.

Durante el fragor de la refriega los cinco nobles inutilizaron sus espadas al choque contra los acercos de las armaduras, y no pudiendo haber otras armas á mano, arrancaron con rudo empuje cinco ramas de una de las infinitas higueras que entónces cubrian el valle, y que por esta circunstancias se llamaba el *Campo de las Higueras*, y con ellas hicieron tantas y tales proezas, que consiguieron llamar la atencion de cristianos y moros.

IV.

Desde aquel memorable dia agregaron un cuartel más á sus armas. Este fué el de poner en campo de plata cinco hojas de higuera, aludiendo á las cinco ramas con que substituyeron las espadas, y al apellido que entónces usaban agregaron el de Figueroa, derivacion de Figueira ó Higuera.

Derrotados completamente los moros, fueron perseguidos con ahinco hasta las montañas, en donde cuenta la tradicion no quedó uno sólo con vida; y desde aquel dia el valle trocó el nombre que tenia de las Higueras por el de Valle de las Doncellas, que ha llegado á nuestros dias, aunque adulterado. Hoy se llama Val-doncel.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

Coruña, 1757.

INTRODUCCION al poema GALICIA.

Hay una tierra fértil, perfumada
con el aroma de sus mil florestas,

que rica un tiempo, alegre y respetada,
se adormia feliz y descuidada,
al blando son de sus campestres fiestas.

La sosegada paz de sus cabañas
no turbaban las penas ni reveses,
y el germen que encerraba en sus entrañas
tapizaba sus vegas y montañas
de gayas flores y doradas mieses.

Y era Galicia esta region dichosa,
y espléndido con ella en sus favores
premiaba Dios con mano generosa
la existencia sencilla y laboriosa
de sus sóbrios y honrados labradores.

Pero probarla en la desgracia quiso,
y el soplo de Satan ardiente é impuro,
marchitó su verdor, y de improviso
tornóse aquel hermoso paraíso
en yermo estéril, cenagoso, oscuro.

Secos de su riqueza los veneros,
diezmaba á sus hambrientos habitantes
la peste, y del infierno mensajeros
una turba de esbirros y usureros
la oprimia en sus garras repugnantes.

Y ella á quejarse en su dolor no osaba
temiendo á los tiranos que la oprimen,
pues la gente ruin que la explotaba
despótica é implacable castigaba
el reclamar sus fueros como un crimen.

Hoy no es ayer: el iris de bonanza
irradia sus colores en el cielo,
y se distingue en bella lontananza
el ángel de los pueblos que ya avanza
nuncio de paz, de luz y de consuelo.

Hoy no es ayer: la voz que se levante
enérgica y briosa en su defensa,
el que sus penas ó sus glorias cante,
espacio y sol encontrará bastante
en el ancho palenque de la prensa.

Y yo que entre sus dulces trovadores
el más indigno soy, Galicia mia,
coronado el laud de místicas flores,
quiero cantar tus glorias y dolores
en un canto al par himno y elegia.

Himno ha de ser al recordar la gloria
y el antiguo poder y los blasones
que en hojas de oro registró su historia,
y elegia al traer á la memoria
de tu infortunio actual las aflicciones.

Himno ha de ser al divisar ufana
y al aspirar las aromadas brisas
de otra edad más dichosa, ya cercana,
que te reserva tu feliz mañana
tras el desierto estéril que ahora pisas.

Y quizá de mis cantos el postrero
este será que dolorido entono,
mas dedicarle á mi Galicia quiero,
aunque rudo é insonoro, porque espero
que á mi filial amor sirva de abono.

De este modo al morir con mis dolores
ante la tumba do mi nombre graben
á pedirme no irá prendas mejores,
pues ángeles, poetas, ruisenores,
cantar, sentir y amar tan sólo saben.

Coruña—1856. JOSÉ PUENTE Y BRAÑAS.

MARTIRES QUE HIZO EL FANATISMO CLERICAL.

FRAY GERÓNIMO SAVONAROLA.

X.

Y Savonarola fué conducido al suplicio. Las tintas del carmin de la aurora se reflejaban en las

aguas del Arno, cuando una muchedumbre estúpida y feroz se agrupaba en torno de una pirámide de leños. Era el lugar destinado al martirio del gigante de la virtud sacerdotal. Las campanas de San Marcos, con lúgubre tañido, doblaban á muerto. Aquella misma muchedumbre que le llamó profeta y recitó sus salmos, y escuchó llorosa y humilde sus sermones y quemó algunos libros que el prior ilustre llamó obscenos, aquella muchedumbre á quien deslumbraba el éxito más que la virtud, la eficacia más que la santidad, acudía ávida de presenciar y saboreando anticipadamente el cruento espectáculo.

Por fin llegó la hora. De las puertas del atrio apareció la imponente y severa figura de Fray Gerónimo, cuyos ojos vieron la negra masa de la pira de leña, destacándose sobre el fondo de la plaza como un obelisco levantado á la memoria del crimen. Savonarola, entre una nube de partezanas y aceros, avanzó resuelto hácia el suplicio. Un rayo del sol de la mañana doraba su frente como si la naturaleza quisiera despedirle con el ósculo de paz que le negaban los hombres. Caminó tentadamente mirando al cielo como el proscrito mira la frontera de su patria. Una sonrisa de perdon se dibujaba en sus labios y la serenidad de su conciencia asomaba á su rostro.

Por fin, subió la pira fatal,—y un momento después, las llamas rodeaban su cuerpo.

Algunas lágrimas asomaron á los ojos de los jóvenes, pero la inmensa mayoría de los espectadores sonreía, embriagada por la barbarie del espectáculo. Horribles convulsiones agitaron el cuerpo del inocente mártir; las chispas rebotaban en su carne como si temieran consumir grandeza tanta; los ojos se revolvían con la agonizante expresión de una vida que huye; el cuerpo saltaba; los ayes se ahogaban en el pecho; las lágrimas se derretían en la hoguera; la sangre chisporroteaba sobre los leños candentes. Era aquello una masa inerte! Ya había espirado! Algunos jóvenes sembraron de hojas de laurel el sitio del suplicio y recogieron porción de cenizas; pero el pueblo se marchaba aterrado, jurando obediencia al papa por temor á tan cruenta expiación!

XI.

Ya se habían cumplido los deseos del Vaticano; el monstruo de la herejía, no alentaba en el mundo; la víctima que necesitaba la inmoralidad teocrática, no existía. Ay! Pero era inútil! La reforma avanzaba: negros y cada vez más densos nubarrones se agolpaban sobre el zénit del Vaticano!

Era que la obra de Dios no la detiene el hombre, aunque vista lujosa gala pontifical; era que el progreso no podía inmolarse en una hoguera; era que la conciencia no podía morir ni con el veneno, ni bajo el puñal de los Borgias!

Inútil afán! Alejandro VI fué el primer luterano, creyendo detener la ola imponente en que Leon X vería anegarse al catolicismo!

XII.

Lástima grande! Savonarola tenía corazón,
T. II.

pero le faltaba cerebro; tenía elocuencia, pero le faltaba energía; tenía mirada intensa, pero carecía de brazo. Quiso detener la reforma por amor al catolicismo y en esto, contra su voluntad, se hizo cómplice de Alejandro VI que también aspiraba á concluir con el feto del luteranismo, por amor á las riquezas, á la pompa y á los placeres.

Savonarola no concretó su ideal, le faltó comprender que la muchedumbre necesitaba una fórmula á que ajustar su conducta. Destruía, negaba, y no reedificaba, ni afirmaba. Negó que Alejandro VI fuera cristiano, pero no supo decir al pueblo: —Ese papa no es católico, ese papa ha apostatado del Evangelio, es indigno de la silla pontifical. Oveceded, sin embargo, al papado; aguardad que la justicia del progreso se cumpla,—y cuando el catolicismo recupere ese sòlio que le arrancó un criminal, levantado á él por mezquinas ambiciones y rencores, entónces bendecid al papa.

Esto dió lugar á que el protestantismo creyera suya una gloria católica, eminentemente católica. Es inexacto que negara dogma alguno, sólo negó que el clero aquél, que aquél pontífice fueran católicos. No quiso reformar dogmas, sino morigerar sacerdotes. Y esto era inmensamente gigante. Si el clero aquél se moraliza, si suprime el indigno comercio de reliquias y bulas con que acrecentaba sus renas y alentaba su insaciable codicia, si el clero aquél maldice la guerra, predica la paz, practica la caridad y la sencillez de costumbres, arroja del vaticano á aquella hidra de sensualidad avara que ocupaba el trono pontificio, Lutero no hubiera reformado nada, el progreso y la razón no hubieran pretendido divorciarse de la Iglesia, y los tres siglos de horribles guerras que ensangrentaron á Europa, no fueran funesta hecatombe de nacionalidades, y horrible epopeya del exterminio y la matanza.

¡Qué cuadro entónces el de la Iglesia! El papa bendiciendo al mundo como una hostia ofrecida entre himnos de paz al Redentor; las almas bebiendo la luz del Evangelio en Roma; la ciencia convertida en blanco lucero, satélite del catolicismo; los hombres hermanos por la conciencia; los templos convertidos en santuarios de la virtud; la tierra cubierta y sombreada por las blancas alas de la religión; todo armonía, todo pureza, todo fraternidad; todo moral sumisión al pontificado; todo sería la consagración de la conciencia humana, el bello cuadro que pintó el Dios-hombre al pié del Calvario, la redención de toda esclavitud, la exaltación de la idea de Dios en la tierra.

José MIRALLES Y GONZALEZ.

Se concluirá).

AYES DEL ALMA!

BALADA.

I.

—Me dices, madre, que aquellas flores que oscuras crecen en el jardín, siempre orgullosas de sus primores cuentan al aura dulces amores locas cantando pasión sin fin.

Yo no comprendo
madre amorosa,
como las flores
puedan amar,
más tu lo dices
y es fuerte cosa
que yo lo crea
sin vacilar.

Pero quisiera por mi ventura
que me explicarás como al rumor
del aura errante por la espesura,
pueden hermosas con su ternura
decir sencillas su loco amor.

—Hija del alma,
de mis dolores
bálsamo tierno,
consolador,
ah! ¿tú no crees
que aman las flores
porque no saben
decir amor?

Pues hija mia, si amor es puro
cuando le expresa lánguida voz
grande es, muy grande, yo te lo juro,
cuando otras veces triste, insiguro,
late en el pecho que lo albergó.

II.

—¿Quiéres mostrarme madre, querida,
cual de las flores de este vergel,
su amor al aura da condolida?

—Tiende la vista, que allá escondida
brota una rosa, junto á un clavel.

¿No ves la rosa
como se mece,
no ves que hermosa
y altiva está?
es que la brisa
su amor le ofrece
casta besando
su tierna faz.

—Ay! madre mia, yo me confundo
si así en la tierra vive el amor,
¡amor es fuente de bien profundo,
rayo del cielo que alumbra al mundo,
faro de dicha, gloria de Dios!

Yo quiero amores
madre del alma,
si así mi vida
corre feliz.

—Hija querida
torna á tu calma,
no tengas luego
porque sufrir.

III.

—Ah! dime, niña, ¿por qué llorosa
vienes del valle? ¿Qué pasa allá?
—Aquella brisa tan amorosa

ajó en su tallo la tierna rosa
y hoy por el suelo se arrastra / 1

Llegó al ocaso
la luz del día,
la oscura noche
su faz mostró,
y luego el aura
que amor finjía,
en vez de besos
la flor ajó.

Ven á mirarla, que por el suelo
marcha la pobre del viento en pos,
mústia, sin hojas, sin paz ni anhelo,
¡si á esto le llaman amor del cielo
yo le maldigo, no quiero amor!..

—Seca ese llanto
de tu ternura,
que á tus mejillas
roba el carmin,
y nunca olvides
por tu ventura,
que hay en el mundo
quien obra así;
pues cual la brisa
con sus primores,
puedo mostrarte
yo, amantes cien;
¡cuida no seas
en tus amores,
otra flor bella
que ajen también!..

DARIO ULLOA.

Santiago, 1872

GALICIA PINTORESCA.

MONTEFARO.

I.

Entre las rias de Ares, Puente deume y Ferrol se eleva magestuoso el Montefaro guareciendo de los vientos tempestuosos del sudoeste, las reposadas aguas del codiciado Ferrol. Su falda septentrional, aunque escabrosa y en algun modo triste, como cubierta por un manto de terciopelo verde obscuro, se halla ennoblecida por el faro y castillo de la Palma, en tanto que risueños lugarcillos de las parroquias de Cervás y Lubre salpican la falda occidental y suroeste cercados de laureles y arraianes, y las parroquiales iglesias de San Pedro y Santa Olalla ostentan sus viejos campanarios y la ermita gótica de Chanteiro domina el arenal pagizo, ocultando rocas, innumerables pinares en lo alto de las lomas, con un susurro amoroso y blando, incitan el tierno suspiro de las tórtolas y el canto apasionado del gilguerillo galan en la próxima floresta.

Mugárdos y Ares, dos pobladas villas, y entre ellas las aldeas pertenecientes á las feligresias de Meá, Franza, Piñeiro y Caamouco, desde el fondo del valle en que al oriente se postran sobre la al-

fembra florida, reverencian el Montefaro como trozo del Omnipotente en que descansan las nubes de su gloria y en que á veces fulgura el ardiente rayo de su terrible indignacion.

El Ferrol mismo paga tributo de gratitud y rendimiento á este soberano de sus montañas, que reina sobre las alturas del Ventoso, Chamorro y Catabóis, y á manera de volcada nave, inmensa como jamás otra vió el mundo, aun despues del famosísimo *Leviatán*, presenta su proa al turbulento océano con la peñascosa y aguda punta de Coitelada, quebrantando la fuerza de las cantábricas olas que rechaza y arroja contra la peña de la Marola y las rocas del Seijo blanco.

Próxima á la cumbre de ese Montefaro, se extiende una pequeña llanura en que hoy se vé un monasterio abandonado y ruinoso. Es el de Santa Catalina, guarecido por tramontana y occidente con la cúspide de peñascos á 927 piés de elevacion sobre la mar. Desde aquellos cienientos peñascos se registra el Atlántico hasta el cielo y por eso lleva aquel punto el nombre de Vigía. El convento, sin embargo, sólo es visto de algunos lugares tierra adentro y jamás del océano libre de cuyas miradas el monasterio se retiró para siempre un dia, á fin de no ver la mar otra vez, ni de ella ser visto nunca. Y aún de tierra es preciso fijarse mucho para no confundir á Santa Catalina, con alguna granja escondida entre tojares y pinos, á ménos que el curioso llegue bien cerca de esa morara de sepulcral silencio, siquiera interrumpido por el toque de la campana de oracion que por largos siglos repitieron los ecos de la montaña cuando el alba despuntaba tras las apartadas sierras de la Loba y de la Faladora y cuando á la caída de la tarde el arrebol teñia de púrpura las aguas del Atlántico.

II.

El crucero que señalaba la entrada de los dominios del monasterio, yace derribado y roto al frente de una recta y ancha carrera limitada por vallados de heredades, y terminadas sus líneas á trechos por puertas de arcos que ya no cierran los antiguos portones de madera. Despues un atrio, alfombrado de césped, y el edificio, que á la izquierda tuvo la panadería y hornos que desaparecieron en gran parte, en medio la torre y porterías de Santa Catalina y San Francisco, y á la derecha la porcion antigua y la restante del templo, todo en la línea sur; corriendo por el este la sacristía y las celdas y otras por el norte con el refectorio y cocinas, y por el oeste las oficinas citadas de horno y panadería con las demás habitaciones del monasterio circundado ménos por la parte del atrio, de huertas y sembrados.

El cuadro descrito encierra todavía dos claustros. El uno mejor conservado tras la iglesia para el que mira desde el atrio, y el otro con arcadas en solo los lados norte y sur, cayendo á la panadería.

El claustro de las dos arcadas apenas puede atravesarse por las zarzas que allí crecen en gran número y altura, y en las piezas contiguas hay riesgo de entrar, por las ruinas que amenazan, de techumbre y paredes.

Siete arcos, de una extension menor que la del

medio punto, se ven sostenidos á cada lado de los dos indicados del patio, por pilastras cuyas bases insisten sobre el pavimento. Una cornisa recorre horizontalmente sobre los arcos. La cornisa recibe un antepecho y las pilastras que van á mantener desde luego la cornisa superior que es la del tejado; los huecos han carecido de ventanas en un principio. El lado más corto de este claustro tendrá unas veinte y dos varas y bajo los arcos, en el ángulo noroeste, mana una fuente clara construida en el año 1718.

El claustro principal y mejor es el á que inmediatamente se entra despues del pórtico y portería del convento, dejando ántes á la derecha la entrada del templo y á la izquierda la torre y un arco que comunica al portalon de santa Catalina, asi como por otro arco arriba de aquel, en el cual está la imágen de S. Francisco, ingresemos en dicho pórtico. Entre esos arcos, puertas y torre, se halla la bóveda en que descansa mucha parte del coro de la iglesia.

Tiene el claustro principal á cada lado cinco arcos de medio punto, sostenidos en pilastras sobre antepecho, con otras intermedias y mayores que suben á recibir el cornisamento del tejado. Tantas ventanas como arcos alumbran con sus máneles las galerías superiores. Excusado parecerá decir que la arquitectura de este claustro pertenece al renacimiento y no es despreciable, ántes por el contrario, presenta un aspecto regular y hermoso. En 34 varas por lado podrá graduarse la extension. Un cuadrante ó relój solar muestra en una de sus paredes; pero tres cosas ofrece además que forzosamente han de llamar la atención del curioso, y son: la cruz gótica del centro del claustro, el gran jabalí en un nicho en la pared correspondiente a la iglesia y los arcos góticos del capitulo que se ven á la parte del nacimiento: en las galerías bajas los dos últimos objetos.

La cruz, de gallarda forma, es una fuente; hoy seca, pero que manaba de su pedestal en otros tiempos, copiosos y limpidos raudales hácia las cuatro partes del mundo.

El jabalí es al decir de las leyendas, el gergolífico, el símbolo adoptado por Fernan Perez de Andrade o *Boo*, despues de haber servido tan altamente al rey don Enrique el Segundo é inmediatamente despues de su victoria. Jabalí, jabalin en gallego, es decir *ja-valín*, ya he valido.

Los arcos del capitulo son tres que cogen el lado de la entrada. Son apuntados, y por el de enmedio se pasa al interior. Sobre el muro que sirve de antepecho se elevan los delgados pilares formados cada uno de dos columnas agrupadas, que sostienen dichos arcos, mostrando capiteles con ornamentos de figuras, plantas y flores,—trozo de arquitectura de lo más antiguo del monasterio, contemporánea del jabalí y de la cruz, lo mismo que de la parte anterior de la iglesia hasta la capilla mayor, y de la cruz sostenida por otro jabalí en el ángulo superior de su fróntis que ahora se distingue sobre el tejado en la parte próxima á la torre.

ANTONIO DE LA IGLESIA.

(Se concluirá.)

ECOS DE AMOR.

A ELLA.

Esa vaga armonía misteriosa
que de noche resuena,
es de mi lira hermosa
la dulce cantilena.

Ese plácido arrullo que á tu oído
llega confusamente,
es mi triste gemido,
es mi voz más ardiente

Esos leves rumores que tu sueño
van á turbar sin calma,
son suspiros, mi dueño,
suspiros de mi alma.

No te inquieten jamás; puros y bellos
son así cual las flores:
¡quién pudiera con ellos
abrasarte de amores!

EDUARDO DE PATO.

Ferrol, 1875.

ANTIGUEDADES GALAICAS.

O VOTA-FUMEIRO DE LA CATEDRAL DE SANTIAGO.

III.

(CONCLUSION.)

Hemos explicado el origen del colosal incensario de Santiago: resta ahora consignar sus gigantescas proporciones, describiendo á nuestros lectores los accesorios monumentales que corresponden á sus detalles. Mal se explicaría el rápido volteo de una campana mayor ó el movimiento acompasado de una péndula, sin explicar la torre ó medir la máquina. Nosotros también presentaremos á nuestros lectores las dimensiones de la cúpula de la iglesia, y describiremos la perspectiva que ofrecen las oscilaciones del *vota-fumeiro*, inundando de aromático incienso las prolongadas galerías de una metrópoli.

La catedral de Santiago, dividida en seis naves, dos centrales de setenta y cinco piés de elevación y treinta de ancho, y cuatro laterales de treinta piés de altura y quince de ancho, representa una cruz latina de doscientos setenta piés de longitud y doscientos cuatro de latitud. En la intersección del crucero con la nave mayor se levanta una cúpula octagonal, cuya fábrica ha tenido principio en 1384. Su elevación desde el pavimento á la clave es de ciento diez y seis piés, y su circunferencia alcanza á noventa y cuatro piés. Cincuenta y ocho grupos de columnas abren paso á las naves menores, en las que se encuentran veintitres capillas y una multitud de confesionarios con la advocación de los apóstoles, mártires y profetas, de manera que equivalen á una edición en madera del calendario romano.

Ocho prolongadas vidrieras decoran el cimborio de la iglesia, multiplicando los rayos solares en luminosas intersecciones, que asemejan las tranquilas ráfagas de luz á todos de telas metálicas colocados sobre el crucero de la catedral. El reflejo pálido y desfallecido de una mañana de invierno, se cambia en

purpúreo y candente reanimado por los rayos de oro y ocre pintados entre las cimbrías doradas que se agrupan en la clave, en la cual la mano del artista ha colocado el ojo angusto de la providencia, ejecutado con la vigorosa entonación que exige el colorido cuando se ocupa de Dios y se presenta lejos de los hombres. Los arcos torales sostienen una torneada balaustrado con cariátides doradas, que hace practicable una de las vidrieras del cimborio, cuya puerta de hierro se abre sobre el tejado de la iglesia. De los cuatro grupos de columnas de la nave principal salen cuatro sustentáculos de hierro dorado, sobre chapiteles sostenidos por capiscolos de ropaje también dorado con prolongadas chirimías en las manos. En medio de esta hercúlea armazón se descubre la cabria, en cuyos cilindros da vuelta la maroma del *vota-fumeiro*.

El viajero reconoce de una mirada el pensamiento atrevido y gigantesco de poner en movimiento un incensario, en la extensión de doscientos setenta piés: aparte de las solemnes festividades, la inmóvil maroma explica las proporciones del *vota-fumeiro* como un zócalo ó un gallardete revelan una inmensa pagoda ó un navio de tres puentes (1). Si el benévolo lector agolpa en su memoria los detalles de la presente descripción, y por una de esas falsificaciones transitorias de la fantasía, representa en su imaginación las oscilaciones de un incensario de siete piés de altura (2), á ochenta piés de elevación, recorriendo el espacio de doscientos setenta piés, agitado por seis ú ocho hombres que en sus movimientos acompasados se asemejan á los hombres de un incendio, se anublarán sus ojos, sorprendido por la rugiente carrera de ese colosal brasero, que ya se remonta impetuoso y arrogante, saltando por los abiertos hierros de su plateada cúpula, las revueltas llamas que el viento enciende y apaga á la vez, como el reflejo de un incendio en el agua, ya descende grave y reposado en medio de los oscuros torbellinos de humo que señalan su curso como el copo de hollín de una fragua amortiguada, ora parece en su descenso una campana que se desploma, ora se asemeja en su elevación á una granada de viva y encendida espoleta.

La procesion mitrada sale de la capilla mayor, y acompaña á la cabeza del segundo Santiago engarzada con las alhajas de la reina doña Urraca y

(1) En el resto del año la maroma sostiene una pequeña lámpara, conocida por *la alcachofa*, que al decir de las gentes era de plata en otros tiempos, en la que se encienden cuatro velas en los días señalados en la antigua fundación de una de las casas solariegas de Santiago.

(2) El actual incensario fué construido en el año pasado por el laborioso artista Losada. Se compone de una cúpula de una vara y cuarta, sobre la cual descansa otra segunda cúpula de una cuarta y media, que completan los seis piés de altura. Su circunferencia es de tres cuartas menos dos pulgadas. En la faja circular, de la que salen las cadenas que se reúnen sobre la cúpula superior, se han esculpido ocho plintos; cuatro con conchas doradas á fuego y cuatro con las armas de Santiago. El incensario antiguo, aunque de diversa hechura, porque representaba un brasero con rejillas boleadas, á semejanza de los pebeteros moriscos, tenía las mismas dimensiones. El actual incensario es de latón plateado, así como el antiguo era de hierro. Se conserva la tradición de que antiguamente era de plata el *vota-fumeiro*, trayendo á cuento una remota fundación en la que se habla de *fumes é perfumes é foles na cabeza*, aludiendo al incensario y á las mitras de las dignidades que salen en las procesiones solemnes.

del arzobispo Gelmirez. La multitud se acerca á las rejas de la iglesia para observar al *vota-fumeiro*, que traspira en revueltos torbellinos de humo, como un lidiador que se inquieta para la lucha, exhalando de las concavidades de su pecho el ardoroso aliento de la impaciencia. De pronto sube á la altura de un guardia de la catedral que lo lanza trabajosamente al espacio como un ariete de quebradas fuerzas, y la muchedumbre abre instantáneamente un surco en el cual ensaya el incensario sus prolongadas oscilaciones. A medida que extiende sus movimientos cruzando sobre las cabezas del concurso, los grupos ensanchan la línea de su proyeccion, y cuando se remonta hácia los rosetones afligranados de la antigua metrópoli, la nave principal es desalojada por la concurrencia, y desde las columnas de las naves laterales sigue con la vista al gigante de greñuda cabeza, que se entrega á los sacudimientos de sus férreos músculos, haciéndolos recrujar como la armadura de los fabulosos y titánicos paladines de los *libros de caballería*. Las cabezas se adelantan y retraen á medida que el *vota-fumeiro* llega y se aleja, y al detenerse la procesion mitrada al lado opuesto de su salida para entonar los cánticos sagrados, su oscilacion es rápida, fugaz, instantánea. Barre de un soplo la atmósfera. No se mueve, no oscila, esto es poco, vuela. Y su vuelo, ora raudó, ora altivo, es impelido por los movimientos acompañados de los seis ú ocho hombres que sujetan sus manos á los cordeles unidos á la maroma. A guisa de corcel desbocado se le contiene y refrena, á riesgo de que la excesiva tension ó la escasa fuerza, estrelle contra las bóvedas ó las rejas de la iglesia al inquieto *vota-fumeiro*.

Y al través de los torbellinos de humo, de los reflejos de los cirios, de los ecos de los cantores, de las exclamaciones espontáneas de la muchedumbre y de las oscilaciones del incensario, el oido recibe añejas armonías que evocan en nuestra imaginacion los tiempos primitivos de la iglesia cristiana. Las chirimias acompañan á los sochantres de la procesion. El filósofo ó el poeta retrocede á la edad media, y asiste á la antigua oracion coreada por el pueblo. Las chirimias conservan los ecos de la madre que llora y del niño que grita. Sus acordes son onomatopeyas en relacion con el curso devoto de los fervorosos tiempos del rezo salmodiado por la multitud. Las chirimias son á la música de los templos, lo que el *papyrus* para la imprenta, la ojiva para la arquitectura y la vidriera iluminada para la pintura. Levantan del polvo de las edades los albores del cristianismo. Venen algo de las justas y torneos, porque se acercan á su eco las mesnadas fronterizas de moros y cristianos en briosos caballos y cubiertos de brillantes garzotas ó plateados almetes. Entónces el observador explica la transmision impercedera del arte cristiano, hijo del dolor y artifice de la fé, pasando de la chirimia esculpida en el cimborio de 1384, á la chirimia de la procesion mitrada de 1852, sin hechar de ver los, escombros de cinco siglos que las edades apilaron entre la cornisa del siglo XIV y el *músculo* del siglo XIX. El *vota-fumeiro* de nuestros dias representa á la sazón el *uribulum* de la catucumba ó del claustro monástico.

Desaparece la procesion por segunda vez en las naves laterales, y el *vota-fumeiro* decae en sus movimientos, desfallece en sus oscilaciones: cualquiera diria que descansa de su infatigable carrera. Al comenzar el villancico de la *Soledad*, el mismo guardia que lo habia lanzado al espacio, detiene sus últimos pasos sobre la reja, como un demador vuelve á su jaula una fiera postrada por la lucha. Cuando el órgano responde con sus atronadoras armonías á

los cánticos melancólicos de la procesion, que recuerdan la conmemoracion funeral, el *vota-fumeiro*, es conducido entre dos guardias á la sala capitular, donde se muestra á los forasteros, encerrado en una caja de madera.

IV.

Terminaremos la presente descripcion de esta antiqualla religiosa, digna de ser estimada como una invencion de proporciones extraordinarias, sin que alcanzase ser imitada dentro y fuera de España (1) al decir de los anticuarios y eruditos, con la siguiente relacion de los dias en que el *vota-fumeiro* recorre las naves de la catedral de Santiago (2). Dia 2 de enero, festividad de los Santos Reyes, Purificacion de Nuestra Señora, Anunciacion de Nuestra Señora, Dominica de Resurreccion, San Felipe y Santiago, Ascension de Nuestro Señor Jesucristo, Aparicion de Santiago, Dedicatoria de la catedral, Dominica de Pentecostés, Natividad de San Juan Bautista, S. Pedro y S. Pablo, Santísima Trinidad, el Apóstol Santiago, la mañana de su octava, Asuncion de Nuestra Señora, Natividad de Nuestra Señora, Festividad de Todos los Santos, Purísima Concepcion, Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, Traslacion del cuerpo del Apóstol Santiago.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago 18 de abril de 1852.

EL MAR,

Á LA LUZ DE LA LUNA.

I.

¡Qué hermosa noche!—Ni una sola nube
oscurece la bóveda divina:
cual la risa de cándido querube,
se ostenta peregrina.

Todo es silencio, perensal, profundo,
que no altera el mas mínimo ruido;
todo sosiego y paz, que yace el mundo
en sueño sumergido.

Ni del ave nocturna se oye el canto,
ni el sonoro murmullo de la fuente,
ni una voz de alegría ó de quebranto,
ni el rujir del torrente.

(1) En la obra ilustrada, publicada en Paris con el título de *Le moyen âge et la renaissance*, se ha copiado únicamente un grande incensario de plata perteneciente al siglo XIV, en la proporcion de dos tercias partes de su fábrica. Representa una cúpula gótica con un pequeño cimborio de seis lados, y sobre las ventanas del cuerpo principal descansa un encasamiento almenado, realzado por rosetones que decoran los respiraderos del incensario. A juzgar por las cadenas que presenta, era un incensario de mano, á semejanza de otro de cobre, copiado en la misma lámina y esculpido segun el gusto de la arquitectura gótica.

(2) En cada *Año-Santo* que tiene lugar, cuando el dia del apóstol Santiago cae en domingo, los dias 1.º de enero y 31 de diciembre se usa el incensario mayor en solemnidad de la ceremonia religiosa de abrir y cerrar la *Puerta-Santa* del jubileo compostelano.

¡Noche feliz!—La luna plateada
brilla del cielo en la elevada cumbre,
y del mar en la linaf sosegada
reverbera su lumbre.

Semeja así la líquida llanura
tendido espejo, claro y rutilante,
do reflejar se vé de una hermosura
el pálido semblante.

Rizan las auras, en su giro blando,
por momentos su tersa superficie,
y perlas mil en ella van formando,
que ruedan con molicie.

Ruedan lentas, y á poco se decrecen,
y ocúltanse por fin en lontananza;
cual del hombre en la tumba desaparecen
la dicha, la esperanza.

Y torna el mar á su primera calma,
quedando inmóvil y en quietud hermosa;
cual vive y goza eternamente el alma
sencilla y virtuosa.

II.

¡Qué espectáculo!—Mis ojos
de admirarlo no se sácian,
porque tan bello, tan grato
no existe en el mundo nada;
porque mi pecho, transido
de negra aflicción tirana,
en su presencia tan sólo
consuelo y reposo alcanza.
¡Oh! sí; la vista halagüeña
de esa luna y esas aguas,
de ese cielo trasparente,
de esa solitaria playa,
el más íntimo deleite
en mi corazón derrama,
y mis sentidos arroba,
y mi espíritu entusiasma:
gérmen fecundo de ideas
todas distintas y varias,
dulces como la ambrosia,
puras cual la luz del alba.
Ya se agolpan á mi mente
confusas, desordenadas,
memorias, que ya murieran,
allá de mi triste infancia;
memorias de negros días
nutridos de pena amarga,
memorias de angustia solo,
de congojas y de lágrimas;
pero memorias que ahora
me embelesan y me encantan,
á la vista deliciosa
de esa luna y esas aguas,
de ese cielo trasparente
y esa solitaria playa.
Ya á un porvenir de ventura
el pensamiento se lanza,
rico manantial de goces
y de ilusiones doradas;
ya de pronto se me ofrecé
con transformación extraña,
velado en cendal siniestro
que duelo y tristeza causa;
ya luego, en fin, me transporta
á la region sacrosanta
do al Señor de lo criado
los querubines ensalzan;
mansion de tierna ventura,
de gloria que nunca acaba.

impenetrable al delito,
á la virtud destinada;
y en hondo recogimiento
absorta y confusa el alma,
mil y mil veces bendice
la bondad grande, sin tasa,
de aquel que lo puede todo,
que todo lo rige, y manda,
que formó por mi consuelo
esa luna y esas aguas,
ese cielo trasparente
y esa solitaria playa.

III.

Yo menosprecio el oro y las riquezas,
porque el mortal afanase y suspira;
la gloria mundanal, toda mentira,
menosprecio tambien.

Dénme los cielos contemplar, cual ora,
ese mar, por la luna iluminado,
y no anhele placer mas regalado
ni otro más alto bien.

MANUEL DE LA PEÑA Y CAGIGAO.

Ferrol, 1845.

GUDA Y YO.

VIAJE AL PLANETA SATURNO.

III.

La electricidad como fuerza motriz.

—Quereis, pues, pasar á vuestra segunda ob-
jecion?

—Hela aqui: supongo que las fuerzas á que de-
bemos el ascenso no pueden ser constantes, y co-
mo nada prueba que se renueven, llegará tal vez
el momento en que agotadas nos abandonen en es-
tos espacios infinitos.

—Nada temais; hay aparatos en torno vuestro,
cubiertos por las sedas sobre que os sentais, capa-
ces de desarrollar el fluido y comunicarlo á los dis-
cos por medio de las cadenas.

—¡Cuidado! dije, no vayamos á ser blanco de
alguna corriente.

—Tranquilizaos, repuso el genio, las sedas no
son conductores, y en cuanto al fluido negativo, al-
go os he indicado ya acerca del modo de acumu-
larlo y aislarlo.

—¿Qué decis? pregunté con curiosidad á Guda.

—Que confío en la sabiduría del genio.

—Pues á mi se me ocurre que si esto puede se-
guir por tiempo ilimitado, hemos dado ya un gran
paso si es que no hemos llegado al movimiento
continuo.

—No, respondió el genio, porque aqui se pro-
duce continuamente la fuerza motriz, y el movimien-
to continuo exige que no se renueve, *conditio sine
qua non*.

—Creeis entonces que es un problema impo-
sible?

—Ciertamente, como lo es todo lo que encierra
una imposibilidad intrínseca.

—No comprendo donde está aquí esa imposibilidad.

—¿Dónde! preguntais. Pues qué ignorais acaso que se oponen á la perpetuidad de ese movimiento fuerzas negativas, como son las resistencias pasivas?

—Siento tener que deciros que no se me ocurre ninguna.

—Ni aun la resistencia del medio?

—No existe en el vacío á donde estamos llegando, si no le alcanzamos ya.

—No todavía; pero como quiera que sea ¡habláis del movimiento aquí ó sobre la tierra, que es el teatro en que algunos cándidos corren tras el fantasma?

—Páreceme que podría hacerse funcionar la máquina en un vacío más ó menos perfecto.

—Nunca absoluto, sin embargo. Además, aun prescindiendo de la del medio, hay que contar con otras resistencias, como la del frotamiento.

—De manera que es verdaderamente un sueño?..

—E inútil insistir en este punto que tanto tiempo ha hecho perder á los que buscaban la sombra por la realidad objetiva.

—Está visto, interpuso mi adorada Guda, la ciencia es señora de todos los secretos del orbe y lo que ella no alcanza es porque no puede alcanzarse.

—Sin embargo, repliqué, no ha dado el último paso, pues cada día conquista nuevas verdades, añadiendo así más y más eslabones á la ya prolongada cadena.

Guardó silencio el genio, calló también Guda, y yo me entregué á la meditación.

IV.

Comida de Viaje.

No había salido todavía de mi abstracción y no sé qué ideas coordinaba mi amada Guda, cuando el genio, rompiendo el silencio, dijo con voz solemne:

—Redoblad vuestra atención, porque salimos en este instante de la atmósfera terrestre.

Miramos Guda y yo hacia abajo y vimos precipitarse un enorme globo nebuloso, sobre el cual irradiaba el sol tintas de tornasol y violeta, como sobre una gigantesca burbuja de agua, y que se nos desviaba oblicuamente en descenso con una velocidad que ofendía la mirada.

—¡Oh! exclamó Guda llevando su diestra á cubrir los ojos.

—Sosegaos, la dije arreglando sus bucles enredados por el brusco movimiento que había hecho al volver la cabeza.

—La Tierra nos abandonó por completo, murmuró tristemente.

—Decid más bien que nosotros la dejamos. ¡Qué ingratos!

—Es verdad, contestó Guda recobrando su habitual buen humor; aun volveremos á pisarla, mal que le pese.

—Habrà de trascurrir algun tiempo, pues á este paso no sé cuando visitaremos á Saturno.

—Y qué tardaremos muchos días? preguntó sobresaltada Guda; no se necesitan más que tres ó cuatro para morir por inanición.

—Ossuplico, interpuso el genio con severo acen-

to, que nada temais, pues que todo está previsto: tenemos asegurado el alimento por mucho tiempo.

Y así diciendo, vimos aparecer una elegante mesita redonda, sobre la cual, en unos platitos de ámbar, distinguimos unas como píldoras de color púrpúreo claro.

—Comed, si teneis apetito, dijo el genio con amabilidad: es un alimento sano y nutritivo, que contiene todos los principios del mejor *bolo alimenticio*, esto es elementos nitrogenados y no nitrogenados.

—Hé ahí un idioma, observó graciosamente Guda, que no recuerdo haber aprendido.

—Quiere decir, mi amada Guda, que contiene los principios constitutivos de las carnes, el pescado, los vegetales, las harinas etc. como son la gelatina, fibrina, fécula, dextrina, gluten, legumina, pectina, albúmina..

—Basta, basta, me interrumpió la hermosa; no quiero que de vuestros labios salga semejante jerga.

No pude ménos de regocijarme al ver la excelente disposición de ánimo de mi adorada Guda que, en este momento, llevaba á su boca una de las píldoras é introducía otra entre mis labios.

Observé que no estaba dura, y, sometida al procedimiento de la masticación, nada laborioso por cierto, fué empujado el delicioso bolo a la faringe, de donde, con toda probabilidad, deslizándose dulcemente llegaría al esófago y de allí en fin, al saco del estómago. Su curso, no me fué dado seguirlo con la vista, pero lo que sí puedo asegurar es que dejó en mi paladar un gusto exquisito y aromático.

—Inmejorable, dijo Guda, cuando no vió obstáculo en hablar sin infringir las reglas de su buena educación.

—Es una verdadera ambrosia servida por Hebe, aunque un poco solidificada, contesté.

—Preferiría que me la ofreciese Ganimedes.

—Al punto, respondí. Si por una sola de vuestras miradas diera yo la vida, ya comprenderéis que por escuchar vuestra sonora voz y sobre todo por complaceros, fuera capaz de cuanto quisierais mandarme.

—Observad que no está en mi carácter mandar.

—Ya lo sé, pero tengo gusto en recibir por mandatos vuestros deseos.

Así diciendo, llevé dos de aquellas píldoras á los labios de Guda, introduje otras dos en mi boca, y, partiendo una especie de bizcocho, hecho al parecer de almendra, aunque en realidad de cacao y otras sustancias, le ofrecí la mitad. Este alimento, escaso en cantidad, bastó para producir una sobria saciedad en que sin aborrecer las viandas se las mira con indiferencia. En cuanto á la digestión, no era de esperar que se hiciese laboriosa y, sin embargo, para ayudarla, bebimos el agua contenida en una copa de puro cristal. Durante este refrigerio, el genio desapareció de su asiento y le vimos agitarse por nuestra sutil mansion, para dirigirse sin duda el rumbo de aquella leve nave de los espacios; mas no tardó en reaparecer.

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará).

HERIDAS DEL CORAZON.

— «Di, madre, ¿por qué las tórtolas
al dar al viento la voz,
con su dolorido arrullo
oprimen mi corazón?

¿Por qué tierna simpatía
siento por sus penas yo,
y sus quejas me conmueven
y me angustia su dolor?»

— «Las tórtolas, cuyo duelo
contri-ta tu corazón,
son el recuerdo que dejan
de su corta vida en pos,
cuando tornan á los cielos,
que les abre su aflicción
las niñas desventuradas
que murieron por su amor.

Por eso es dulce su canto,
y lastimera su voz,
porque las tórtolas lloran
heridas del corazón.

— «Ayl madre! en el pecho mío
una espina se clavó,
y no es el tiempo bastante
á mitigar mi dolor.

El soplo del triste olvido
mi dicha desvaneció.
mi pobre vida se extingue,
madre, me mata el amor.»

Poco despues, de la niña
el alma pura subió
en los brazos de los ángeles
á la presencia de Dios;
mientras en el bosque umbrio
al viento daba la voz
una tórtola, llorando
heridas del corazón.

NARCISA PEREZ REYO DE BOADO.

Coruña, 1875.

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

Movimiento democrático-galaico en el siglo XV,
y asesinatos del obispo de Lugo don Lope y del
de Orense don Francisco Alfonso.

I.

Al seguir investigando los sucesos, sustrayendo de las crónicas los que solo atañen á Galicia, y desenterrando de los tumbos de nuestras catedrales los que, siendo de suma importancia no solo para su historia social sino para la de la Península, ni siquiera ocupan una línea en la historia general de España, encontramos en 1403 el asesinato del obispo de Lugo don Lope, llevado á cabo por varios ciudadanos,—lo que prueba que aquella muerte violenta no obedeció á un resentimiento individual, sino á alguna conspiración popular contra sus tiranías.

Nada nos dicen los escritores clericales respecto á la causa de este asesinato. El silencio más completo guardan sobre él. Lo consignan como de pasada y como por precisión. Contra su sistema de

defensa respecto á los prelados escarnecidos por las muchedumbres, ni lamentan el crimen, ni ilustran ó defienden la memoria de don Lope. Y como en nuestros datos particulares consta que este obispo era un déspota insufrible, atropellador de todo y de todos, considerando á los naturales de la ciudad mas bien esclavos que ciudadanos; y como el señorío temporal de los obispos era ya de suyo intolerable para los buenos leucenses, que conspiraban siempre, segun dejamos historiados, en favor de sus libertades públicas y sus franquicias municipales, rehusando reconocer otro señor que el rey,—ámbas causas de consuno fueron las que dieron lugar á la muerte violenta del obispo don Lope.

Era éste—segun esos mismos datos—pródigo en castigar con la *picota* delitos de pura corrección y que sólo merecían alguna que otra pena afflictiva, bien porque conociera lo que se le odiaba en la localidad por sus desmanes y quisiera con ello devolver odio por odio, bien por su carácter cruel propenso á las ejecuciones sangrientas, ó bien por último, porque creyese que con esto dominaria mejor en el obispado, confundiendo el terror con el respeto. A consecuencia, pues, de una de esas justicias inhumanas que don Lope decretaba sin cesar, y que más inspiraban y acrecían la aversión pública contra él, que la sumisión aparente á su poder señorial—tan contrario á las máximas del manso cordero del Calvario.—uniéronse en conspiración contra su vida muchos parientes de las víctimas sacrificadas de su orden, y una mañana que regresaba de la catedral á su palacio, cargaron sobre él é hicieron justicia verdadera en la falsa justicia,—dice el manuscrito que poseemos,—derribándolo en el suelo á puñaladas, y matándolo como á una fiera dañina, sin que pudiera favorecerle ninguno de sus familiares ni hombre de armas, porque eran muchos los conjurados, todos bien establecidos en Lugo, y la ciudad estaba por ellos más que por el malvado obispo.

Es verdad que nada autoriza esta aseveración incidental, en el manuscrito *Curiosidades históricas de Lugo* que tenemos á la vista,—pero tambien lo es, que de no haber sido tal la causa de la muerte fatal que recibió aquel prelado, el criterio no admita otra, porque de haber sido más lastimosa, es decir, de haber sido atropellado barbaicamente, si fuera un santo varon, el mismo clero y la sentencia, hubieran estado aun llorando semejante asesinato en los documentos que lo mencionan,—y por el contrario, pasan sobre él como sobre áscuas (1).

La sentencia pronunciada contra las personas que tuvieron parte en el terrible fin del obispo de Lugo don Lope, que damos á continuación (2), arroja poca luz sobre la causa de esa misma muerte. Sólo consta en ella que el prelado fué asesinado por muchos ciudadanos; pues se

(1) Véase el modo de enunciarlo que tiene el P. Risco (España Sagrada, T. 41, pág. 129 y 130), —modo en alto grado indolente y poco piadoso.

(2) Esp. Sag., T. 41, Escritura LIII, correspondiente al año 1403.

condenan á la pena de desprecio público, y á ser arrastrados y colgados con sendas sogas á la garganta hasta que mueran, á Rodrigo Olives, Rodrigo de Arabia, Gomez Perez Alfaiate (sastre), Alfonso Pollido, Rodrigo de la Carreira, Arias Nuñez Carreira, Juan Ferro, Alfonso de Robla, Pedro de Robla, Alfonso Perez de Ramamadeira y su hijo, Fernan Alfonso, Pedro y Alvaro homes del juez, Fernan Luengo Pellitero (pellegero), Rui Corto, Rui Fernandez, Rodrigo Alfonso Mercador y Ruy Fernandez de Gaybol que fueron ayudadores, é defensores é participes de la muerte del obispo don Lope con los principales feridores ó matadores;—nombres todos que, mientras otra cosa no se pruebe en contra de lo que historiamos, son los de otros tantos demócratas galaicos que sacrificaron su bienestar por la causa santa del pueblo.

He aquí la sentencia:

En la ciudad de Lugo miércoles veinte y quatro dias del mes de Octubre año del nacimiento de nuestro Señor Jesu Christo de mil é quatrocentos é tres años, este dicho dia estando en la dicha Ciudad, onde dicen las Corriñas de S. Romao, estando ay presente delante Juan Sanchez de Cobeda, Bachiler en Leyes, Alcalde por el rey nuestro Señor de los obispados de Lugo y Tuy, estando dicho Alcalde posado en su audiencia á la hora de la tercia en presencia de mí Alfonso Sanchez de Zamora, Escribano de dicho Señor Rey, é de los testigos que de inso son escritos, luego el dicho Juan Sanchez, Alcalde, dió esta sentencia, que se sigue—Fallo que los dichos Rodrigo Olives, é Rodrigo de Arabia, é Gomez Perez Alfaiate, é Alfonso Pollido, é Rodrigo de la Carreira, é Arias Mendez Correiro, é Alfonso Perez de Ramamadeira, é su hijo, é Alfonso de Robra, é Pedro de Robra, é Fernan Alfonso, hierno de Juan Rodriguez Mercador, é Pedro é Alvaro homes del Juez, é Fernan Luengo Pellitero, é Roy Corto, é Ruy Ferro, hierno de Fernan Carrellas que son rebeldes por quanto non parecieron ante mí á desir de su derecho enos terminos é plazos por mí consignados, nin algunos de ellos á desir de su derecho en razon de la muerte del Señor Obispo don Lope, é por quanto non parecieron en el primero, é segundo plazo, condénoles en la pena del desprez, é en las custas, é en la pena del comiso, é fallo, que asi por los dichos é deposiciones de los testigos en las pesquisas fechas en razon de la muerte del dicho Señor Obispo, como porque no parecieron en los dichos primero, é segundo plazo, como ni en el tercero, ni en el tiempo de los pregones contra ellos fechos, que se probó é es probado asaz cumplidamente, en como los dichos Rodrigo Olives, é Rodrigo de Arabia, é Gomez Perez Alfaiate, é Alfonso Pollido, é Rodrigo de Carreiras, é Arias Nuñez Carreiro, é Alfonso de Robra, é Pedro de Robra, é Alfonso Perez de Ramamadeira, é su hijo, é Fernan Alfonso hierno de Juan Rodriguez Mercador, é Pedro é Alvaro homes del Juez, é Fernan Luengo Pellitero, é Ruy Fernandez, hierno de Fernan Carrellas que fueron ayudadores, defensores, é participes de la muerte del dicho Señor Obispo con los principales feridores é matadores, é por ende pronúncioles por rebeldes. Item pronúncioles por defensores é ayudadores, é participes de los dichos principales matadores, é condeno los dichos Rodri-

go Olives, é Rodrigo de Arabia, é Gomez Perez Alfaiate, é Alfonso de Pollido, é Rodrigo de la Carreira, é Arias Nuñez Carreiro, é Alfonso Perez de Ramamadeira, é su hijo, é Alfonso de Robra, é Pedro de Robra, é Fernan Alfonso, hierno de Juan Rodriguez Mercador, é Pedro é Alvaro homes del Juez é Fernan Luengo Pellitero, é Ruy Corto, é Ruy Fernandes, hierno de Fernan de Carrellas, é á cada uno de ellos á pena de muerte, por quanto fueron comites de la muerte de su Señor, é condénoles á perdimiento de los bienes, los quales mando que sean confiscados para la Cámara de dicho Señor Rey, é la muerte que sea en esta manera: que los arrastren do quiera que fueren fallados é los cuelquen con sendas sogas de la garganta fasta que mueran, é los dejen estar en las forcas en tanto que la natura humana los pueda sustentar: é fallo que Rodrigo Alfonso Mercador, sobrino de Ruy Lopez, é Ruy Fernandez de Gaybol, sobrino del dicho Ruy Lopez, é cada uno de ellos non parecieron en los plazos é que fueron emplazados que pareciesen ante mí, asi en el primero termino, como ni en el segundo, ni el tercero, ni en los terminos de los pregones, por lo qual son rebeldes, é pronúncioles por tales é contumaces á los dichos Rodrigo, é Juan Fernandez de Gaybol, é á cada uno de ellos en las custas é en la pena del Desprez, é en la del homicidio. E por quanto en el tercero plazo no parecieron ni en el termino de los pregones, fallo que son rebeldes. Item fallo que se probó, é es probado asaz cumplidamente que los dichos Rodrigo Alfonso, é Juan Ferro, é cada uno de ellos fueron en favor é en consejo de la muerte de el dicho Señor Obispo, é en su rebeldia, como por la dicha probanza, que fueron consejadores é sabidores de la dicha muerte, é defensores, é ayudadores de los principales matadores, é dolos por fechos de la dicha muerte é los condeno á pena de muerte natural. La qual sea esta: que do quier fueren fallados é tomados que seian arrastrados, é cueros, pies é manos enferretidos por las gargantas fasta que mueran é que estén en las forcas en tanto que la natura humana les pueda sustentar. E por quanto fueron cómplices en la muerte de su Señor, mando que sean confiscados todos sus bienes para la Cámara de dicho Señor R. y. E por esta sentencia asi lo pronuncio é mando todo. (Pone luego los nombres de los testigos, y concluye:) dada en la Ciudad de Lugo dia, mes, y hora é año sobreditos.»

¿Se llevaron á cabo las muertes que entraña esta sentencia? He aquí lo que no podemos afirmar por la escasez de datos históricos,—deduciendo de la misma que aquellos caudillos populares de Lugo pudieron eludir la accion de la justicia y por eso aparecen sentenciados en rebeldia, conforme se deduce del monumento que aducimos.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

A. F...

LA AUSENCIA.

Hay dos maneras de amar pero, segun lo que infero, uno es amor verdadero el otro... amor de engañar.

Que se aprenda esta sentencia
me parece natural:

para el *uno* ausencia es mal,
para el *otro* es solo... ausencia.

Por eso digo, bien mio,
que ausente la prenda amada,
quien no ama no siente nada
pero yo siento el vacío.

AURELIANO J. PEREIRA.

Lugo, julio 1874.

GALICIA BALNEARIA.

BAÑOS Y AGUAS MINERO-MEDICINALES.

Su calidad, afecciones para las que están indicadas, descripción de los puntos en donde se hallan, producciones de éstos y temporada de baños.

(Continuación).

Mondariz. A la distancia de una legua de Puenteareas, en el lugar de Troncoso, nace á orillas del río Tea una agua mineral que por disposición de los distinguidos facultativos de este partido, beben varios enfermos con muy buen resultado en las enfermedades del estómago, y de la orina, y la usan también otros que padecen enfermedades cutáneas, en baños, consiguiendo notable alivio. Resulta de ensayos analíticos, que contienen:—Acido carbónico libre.—Bi-carbonato sódico en bastante cantidad —Bi-carbonato de potasa, cal y magnesia en pequeña porción—Algun hierro en estado de carbonato.—Cloruro sódico.—Y sílice.

Mouriscados. Aldea situada á tres cuartos de legua de la villa de Chantada, en clima muy benigno.

A la falda de una colina inculca al S. de la misma, hay un manantial sulfuroso con dos surtidores á diferente temperatura, 18° y medio uno y 17 otro, siendo la de la atmósfera 16 y medio aunque sólo dista uno de otro medio metro.

Van siendo bastante concurridos apesar de su abandono y falta de comodidades, dando muy buenos resultados en algunas enfermedades.

El Sr. Baanante, ha analizado las aguas, y resulta que su composición química más probable es: sulfuro sódico—cloruro sódico—sulfato magnésico—id sódico—idem cálcico-sódico fosfato cálcico y alúmino.

Noqueira de Ramuín. Aguas minerales termales.

Orense Ciudad, capital de la provincia de su nombre, situada á unos quinientos pasos del río Miño, sobre la carretera general de Vigo á Madrid, en la que se halla el famoso puente construido por los romanos.

El valle que rodea al pueblo, es delicioso y alegre, el terreno produce toda clase de cereales y legumbres y está cubierto de viñedo, que le dá un aspecto pintoresco, y las orillas del río nadie ignora que lo son mucho. Tiene muy buenas casas, la mayor parte de nueva construcción y algunas con

buen gusto: sus calles algo estrechas, están limpias y bien empedradas.

Tiene muy buena catedral, cuyo retablo mayor acaba de restaurarse; en ella se encuentra la capilla del celebre Santo Cristo, venerado desde muy antiguo con extraordinaria devoción. Hay otras iglesias regulares, seminario, instituto, casa consistorial, palacio del obispo y la casa de oficinas que dá frente á la carretera, con una bonita fachada, en cuyo espacioso local hay un museo de pinturas, en donde se han reunido todas las que había en los conventos de la provincia. Tiene paseos alegres y hermosos por lo ameno y florido de la campiña, descollando entre todos el lindo jardín llamado de Posio, á un extremo de la población. Por lo demás, aquí, como en todos los pueblos regulares, se disfrutan cuantas comodidades se apetezcan, pues todo abunda en ella. De esta ciudad hay una canción popular, que dice:

Tres cosas hay en Orense
que no las hay en España,
el Santo Cristo, la puente,
y la burga hirviendo el agua.

Estas burgas son conocidas desde la más remota antigüedad por su abundancia y elevada temperatura. Tres son los manantiales de estas aguas, llamados Burga de arriba, Burga de abajo y Surtidero. Las dos primeras están encañadas en cantería, y se supone que fueron los romanos los que las encañaron: son tan copiosos sus raudales, que en 8 ó 10 segundos se llena una olla de 36 cuartillos en cada uno. La de arriba tiene un movimiento intermitente, que dura de 16 á 18 segundos. La de abajo cae á un gran pilon ó estanque que sirve de lavadero público. En su composición química se observa que no contienen más que un poco de carbonato de sosa y gas ácido carbónico mezclado con aire atmosférico. Estas aguas son de las más potables de la provincia, cuecen bien las legumbres y disuelven el jabón. De ellas se sirven los vecinos para todos los usos domésticos, para coladas y para baños.

(Se continuará).

FLORES QUE CAEN.

En el jardín en profusión oscilan
con dulce encanto sus corolas vagas
en la mañana las doradas flores
á los besos purísimos del aura.

Llega la tarde: los matices claros
el viento seco y estival empaña,
y van cayendo las tempranas hojas
como lluvia de bellas esmeraldas.

De su verde corona desprendidas
á los destellos de abrasada llama,
van cayendo también hácia la tierra
las dulces flores del rosal del alma!

José Augusto Muñoz.

Coruña, 1875.

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY:

X.

Nuevas amarguras.

(Continuacion.)

Yo almorzaba violento.

La presencia de aquel hombre enfrente de mí, agolpaba la sangre á mi cabeza, las sienas me latian con violencia, y habia instantes en que no veia nada, completamente turbado por la emocion repugnante que me inspiraba. Ca la vez que descubria en Jorge el lunar que tra mitiera al hijo de Sira, y que tenia sobre la mejilla izquierda y junto á la boca, lunar que él ocultaba algunas veces extendiéndose el vigote, —la sensacion que yo experimentaba era umamente angustiosa, y más y más punzante.

Disimulaba yo cuanto podia este malestar,—pero como si el mismo demonio se propusiera aumentarlo le infancia a Vilar de Mondelo tal locuacidad y tales donaires, que hacia reir á Nieves como una loca; las insusces de aquel jóven congraciaban tanto á la desdichada, que no podia disimular por más que lo pretendia.

Y no se dijera que la conversacion era sólo para los dos, ella y él, porque esto los vendería. Por el contrario, á quien dirijia más la palabra Vilar de Mondelo era á mí,—y siempre interrogáudome sobre el placer de mis viajes por Italia y Francia.

—Oh!—decia cuando envidio al señor vizconde sus excursiones por Venecia, Milan, Génova, Roma, Nápoles... sobre todo Nápoles! ¡Qué fondas, qué teatros, qué paseos, que mugeres!... ¡Oh, eso es vivir! Lo demás, estas montañas cubiertas de nieblas, son insufribles. Parece que se le vienen á uno encima y lo ahogan!

—La felicidad—decia mi padre—no estriua en fondas, ni en teatros, ni en mugeres... la felicidad es vivir en la inocencia. Una buena mesa, una buena muger y unos buenos hijos, se pueden tener aquí; y hacerle á uno la vida grata, mil veces más que esas impresiones fugaces del gran mundo donde nada es verdad, nada!

Vilar de Mondelo parecia desentenderse siempre de estos razonamientos sensatos de mi padre,—y volvía á su objetivo que era yo; pero como no se me habia pasado jamás por la cabeza que fuese el amante de mi muger, no me ponian en guardia sus palabras.

—Tiene V. muchísima razon—contestaba Jorge á mi padre,—esa que V. pinta, es la verdadera felicidad, la felicidad patriarcal, por decirlo así;—pero el señor vizconde, tan jóven, tan buena figura, con tan buena salud y con tanto dinero, ¡cuánto no habrá gozado en los teatros y en las fondas de Nápoles, Roma, Granada, Paris!

Y sonreía para Nieves, y Nieves sonreía para él; pero, vuelvo á repetirlo, como no estaba al tanto de sus iniquidades, oía y veía aquello con la mayor indiferencia, considerándolo todo del género fátuo puro.

—Bella será aquí la vida—proseguia Jorge,—con una muger santa, y virtuosa, y bella como Nieves...

Y se inclinaba para ella sonriendo con ironía el miserable.

—Pero estar en la Scala de Milan una noche; oír los gorgeos sublimes de la *Casta Diva* á una muger resplandeciente de belleza y de inspiracion entre oro, y púrpura, y nácar; ver que cien y cien bellezas están pendientes de sus notas dulcisimas, y cien y cien *dilettanti* inmóviles de admiracion, y que todos aquellos corazones de hombres y mugeres no la-

ten sinó bajo la vibracion melódica de aquella muger que eanta, y ver que caen á sus piés coronas, y versos, y flores, entra mil *bravos* de entusiasmo;—y luégo, un cuarto de hora despues, cuando se extinguió la armonía, y se apagaron las luces, y se desvanecieron los aromas, y cesaron los aplausos, pero no cesó la emocion,—aquella muger entra como una hada en el gabinete de uno... y se arroja en sus brazos... y se estrecha contra el corazon aquel sér que hizo palpitar de amor á tantos séres... oh! si esto no es la gloria en la tierra, si esto no es la gloria de los cielos... yo no sé á qué compararla entonces!

—Blasfemo!—decia Nieves sonriéndose hipócritamente.

—Gloria al fin efímera!—exclamaba mi padre;—preferí más, aun de jóven, cualquier sencilla caricia de mi esposa, santa y buena, que todo ese oropel engañoso.

—¿Qué dice V. á eso, señor vizconde?—decia Jorge desentendiéndose;—vaya, no sea V. tambien contra mí, sinó me quedo sólo y seré derrotado: los dos representamos el *mundo nuevo* contra el mundo rancio y apollado que se vá.

Yo bien le contestaría, recordándole el drama de Peña de Foleche; pero el temor de agravar la suerte de la pobre Sira, me ponía lazos de hielo en la lengua.

—Nada le puedo decir á V.—le dije—porque nada de eso me pasó en mis viajes.

—Cómo! siendo V. tan jóven, rico, galan...

—Qué es eso!—le interrumpí sonriendo—quiere el señor Vilar de Mondelo interrogarme como si estuviera en un confesonario...!

—Y qué importa!—dijo Nieves saliendo á su defensa;—cuando viajabas, aún no estábamos casados, y aguas pasadas no mueven molino.

Tan indiferente era para mí todo aquello, que ni aún hice a to en el cinismo de mi muger, siendo ella tan devota, tan dada á cosas espirituales a mi vista. Sólo mi padre la miró con amargura,—y entonces ella bajó los ojos con hipócrita malicia.

Yo no puedo ménos de decirlo con mi natural franqueza,—prosiguió Vilar de Mondelo;—admiro y admiro al Señor vizconde de Fontey, porque despues de haber viajado tanto, gastado tanto, y gozado tanto en esos grandes centros de movimiento, de amor y de deleite,—se resigne á la vida monótona y sedentaria de nuestras montañas.

—Eso tiene una explicacion sencilla,—objetó mi padre—pues qué! los ojos, la belleza de Nieves de Villaster carecen de iman para retener aquí á su gusto á mi hijo...! Pues qué! el cariño que me tiene á mí...

—Basta... basta, señor conde,—interrumpió Jorge—sólo eso explica para mí el enigma.

Y se inclinó otra vez irónicamente ante Nieves y ante mi padre.

—Sólo eso,—prosiguió;—de lo contrario en esta época que sintetiza su dogma en esta frase: *á disfrutar quien más pueda*, la vida de las montañas no es la más propósito para ello.

—Dios está en todas partes,—dijo mi padre con doble sentido,—y por lo mismo en todas partes puede haber goces, así en las montañas como en las grandes poblaciones...

—Dios... Dios...—exclamó aquel ateo,—hé ahí una palabra que cuando éramos niños lo expresaba todo y ahora de hombres, no nos expresa nada.

—Lo mismo cuando éramos niños que hoy que somos hombres, Dios siempre fué igual, el padre de las almas, *nuestro padre*, como decia Jesús.

Y al pronunciar esto el conde de la Rua, parecia devorar á Jorge con los ojos, porque se preciaba de buen cristiano, y lo era en efecto.

—Padre de las almas... nuestro Padre... exclamó Vilar de Mondelo con desprecio. —Dios no es más que una idea de nuestra mente, Dios no existe. Después de esta vida, no hay más allá, como decían Séneca y Julio César.

Entonces le dije yo reposadamente:

—Morir es principiar nueva vida, como nacer cesar en la anterior.

—¿Y quién nos lo enseña así, nuestra fé? —prorrumpió Jorje con exaltación.

—No, nuestra conciencia, nuestra razón, —contesté. —Para saber que dos y dos son cuatro no necesitamos que nadie nos lo enseñe. Hay verdades que si no resplandecen en los senos del alma, podrán enseñarlas algunos, pero si aún así no se comprenden, es que esas verdades jamás lo serán para el infeliz que es refractario á ellas.

Y en seguida recalqué estas otras palabras, recordando á Sira y á su hijo, y que van al frente de estas memorias:

—Si esta vida, no fuera de prueba; si después de la vida incidental que tenemos en los astros, no nos esperase la vida infinita de la eternidad ó inmensidad de Dios ¿cómo habian de quedar impunes muchísimos crímenes en la Tierra? Seria preciso dudar de la divinidad, y esto es imposible.

Creí que la estocada le sentaría Jorje en el fondo del alma, pero no se inmutó lo más mínimo. Era un materialista grosero. Un jóven hermosísimo, con un alma oscura... un alma que no conocía el *sentido íntimo*, sino el *sentido práctico*.

—¡Vuelvo á repetir — exclamó con ironía — que yo no creo en más vida que esta, y que no creo en esa substancia que ustedes llaman espíritu! Espíritu, espíritu... pregúntese á cualquier médico donde está el espíritu, si lo encontraron alguna vez con la punta del escalpelo...

—Si es inmateral ¿cómo se ha de encontrar con nada? —objetó el conde.

—Pues lo que es inmateral, si hay algo inmateral, es un sueño, una quimera... puesto que para concebir eso que se dice inmateral era preciso que nosotros fuéramos á nuestra vez inmateriales, — y como no lo somos, lo inmateral no existe, ó si existe es hijo de la materia. Por ejemplo, la fuerza y el pensamiento dícese que son inmateriales y no sé por qué, cuando vemos que sin materia no hay fuerza, y sin cerebro no hay pensamiento. ¿Vieron ustedes alguna vez fuerza alguna sin materia que la produzca, ó algun pensamiento sin vibración bajo la cúpula del cráneo? Seria de ver eso, fuerza sin materia, eléctrica ó no eléctrica, y pensamiento sin forma material ó sin cerebro que lo engendré!

Yo estuve por aplanar á aquel pobre materialista, nombrándole tan sólo el tiempo y el espacio, cuya inmateralidad y solidaridad no pueden ser más evidentes ante nosotros, — pero ¡qué gloria encontraría yo en confundirlo! Tenia buen trabajo entonces en este mundo, si á cada paso que encontrase un necio por el estilo, debiera detenerme á iluminarle.

Vilar de Mondelo prosiguió con pedantería, como para darnos á entender que él, aunque no habia sabido de aquellas montañas, se hallaba al tanto del movimiento intelectual de la época:

—Yo estoy con Büchner: «no somos más que una porción imperceptible, aunque necesaria, del todo, que tarde ó temprano ha de reunirse á él. La materia en su conjunto, es la madre que procrea y vuelve á recibir en su seno todo cuanto existe.» — La misma Biblia nos dice: «Pasa una generación, y aparece otra; pero la tierra es eterna.» — Burmeister nos dice también: «Es positivo que la aparición de los cuerpos animados sobre la tierra es una expresión de fuerzas terrestres en actividad, que en determinadas condi-

ciones han debido necesariamente producir lo que han producido.» — Moleschott nos dice que *la inteligencia no es más que un movimiento de la materia.* — Y por último digo con Shakspeare: «nuestro descanso mejor es el sueño: llamámosle con frecuencia, y sin embargo, temblamos ante la muerte, que no es ni más ni ménos que el sueño eterno.» — Aun más. — Vivir dice Virchow, — es sólo una forma particular de la mecánica, y aun la...»

En esto le interrumpió Nieves, preguntándonos á todos con vivísima ansiedad:

— Pero en fin ¿hay ó no hay infierno?

Nótese bien: no hay muger que cometa alguna falta, que no piense en el *infierno* de la otra vida. Ese es su gusanillo. No os preguntarán si hay edem, ó paraíso, ó bienaventuranza; la gran cuestión para las mugeres que faltan á sus deberes, es la existencia ó no del infierno. Esto saca de quicio á las adúlteras: esto es lo único que las lleva á las iglesias con mas frecuencia, en contraposición á las almas puras que, como puras, les basta verse en el limpio cristal de su conciencia. El día que la ilustración se difunda más y patentice que no hay otro infierno que el torcedor eterno de haber hecho mal, no se verá á ciertas mugeres acudir tanto á los templos. A Nieves la habian educado así: le habian hecho creer que podia satisfacer sus caprichos, sus gustos en este mundo, con tal que no dejara de oír misa todos los días, y pidiera á Dios el perdón de sus pecados. Era mucha la superstición religiosa inculcada en su ser, pues creia que si al acabar de faltarme con Jorje, se metía en la iglesia, y oía misa, y daba algo para los santos, ya quedaba enteramente lavada de su pecado. Desdichada! á qué precipicio le habia conducido esta asquerosa creencia! ¡Qué sociedad seria posible con semejante educacion en la muger!

A la pregunta impetuosa de Nieves, mi padre miró á Jorje imponiéndole silencio, y en seguida contestó á la mogigata:

— Si nó hubiera cielo para los buenos é infierno para los malos ¿qué supondría entonces la vida, qué la paternidad espiritual de Dios?

Nieves pareció aterrorizarse á estas palabras que el conde pronunció con gravedad; pero Vilar de Mondelo sentió con el mayor desden á aquella idea de mi padre dando á entender que la consideraba extravagante. — y esta sonrisa la tranquilizó como si se inspirase para todo en aquel hombre funesto.

Yo seguia indiferente á la conversacion: apénas hacia caso á alguno á las imprudencias de Jorje: las oia como un murmullo desagradable, y estaba deseando que terminara el almuerzo y mi padre se levantara para hacer yo lo mismo y huir de la presencia de aquel hombre, — á quien debia aplastar como una vivora si supiera entonces lo que supe después, respecto á sus amores con Nieves.

Por fin terminó el almuerzo: mi padre bajó como siempre á los jardines de Fontey, y Nieves y Vilar de Mondelo le acompañaron, pues yo me retiré á mi gabinete.

Una vez en mi gabinete, coji un libro para distraerme; pero me era imposible leer. Como vapor de fuego, como ráfagas candentes é impalpables parecian pasar sobre las letras los perfiles de Sira, Clara, el niño, Jorje, mi muger... qué se yo cuanta figura alumbraba mis sentidos con una vaguedad de que apénas me pudiera dar razón! Lo cierto era que yo no acertaba á concentrar mi pensamiento en la lectura. Persuadido de esto, dejé el libro, me asomé á una ventana, y extendí la vista al infinito como si tratara de confiarle mis *saudades*, segun llaman en el país á la melancolía de que era victima.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).